

Graham Greene y su libro de viajes de viajes parecen llegar al clímax de la narración en el estado de Tabasco. El calor infernal, la sed insaciable —solamente templadas gaseosas pueden adquirirse—, un olor a fruta podrida que llega del río, los mosquitos al atardecer, los buitres retrepados en los tejados, «como pichones», con sus cuellos largos y sus cabezas pequeñas, las caras de máscaras de circo, acechando... En el interior, en la habitación del hotel, los escarabajos nocturnos, las hormigas, hordas, ejércitos de hormigas que brotan de las juntas de las baldosas y ennegrecen la pequeña porción de azúcar que ha adquirido para llevarse a Chiapas. Mata seis o siete escarabajos y los cadáveres se mueven como en vida, empujados por los gusanos y las hormigas. Es «la horrible abundancia de vida degradada en todas partes».

A la mañana, en el cuartel de policía, sentado en un banco del patio, aguardando —más de una hora— al jefe que lo ha citado para una información trivial, contempla la suciedad de las paredes enjabelgadas, las telas grasientas de las hamacas, la brutalidad de las caras y los ademanes de los guardias; el ambiente, más que representativo de la ley y el orden, lo parece del bandidaje. El comentario de Greene no puede ser más duro; «son lo más bajo de la población, para encontrar honestidad había que mirar los rostros de hombres y mujeres que aguardan la multa o el calabozo».

«Tabascan Sunday» es una lírica contemplación de lo que el gobierno ha hecho de una población católica y sus costumbres ancestrales, convirtiendo la «hermosa villa» en una vacía, fea, extraña ciudad tropical, donde nada es perdonado, y se muere como un perro, y los niños que nacen no son bautizados. A tal punto llega su malestar depresivo, que el cementerio, en lo alto de la colina, le parece el lugar que simboliza una mucho mejor y más limpia ciudad que la de los vivos, abajo. Y con la penetración que lo caracteriza, siente que está siendo llevado al centro de algo, aunque solo sea la caída en la oscuridad y el abandono. «Oh, una tierra maligna», recuerda la frase del humilde confesor de Orizaba. Sin esperanza ninguna en ninguna parte. «Nunca he estado en un país en que todo el tiempo uno esté más consciente del odio». Es su última noche en Villahermosa y su ánimo ha decaído abismalmente, la experiencia de su estancia ha sido negativa y el balance parece ser el desespero y la impotencia. Nunca, tampoco, se ha sentido tan nostálgico de su hogar; trata de proyectarse mentalmente allí: Inglaterra, los autobuses, la gritería de los niños jugando en las áreas comunes, sus libros, uno por uno, la disposición de los muebles en la casa..., pero aquello no era real: esto es real, el alto techo de la desolada habitación, el suelo embaldosado pululante de insectos, el tórrido calor, el olor agrio del río... Se ha repetido en varias ocasiones que el hombre se acostumbra rápi-

damente a lo peor, «después de veinticuatro horas el más negro lugar empieza a parecernos casa. Incluso el *Ruiz Cano*». Intenta aferrarse a lo que tiene en ese momento, el horrible entorno, incluso el miedo, el temor, el malestar moral que lo embarga. Una frase de un personaje de Stevenson rubrica esta transacción: «Envídieme, envídieme, soy un cobarde».

Tampoco quiere desistir de las dos tareas que se ha impuesto: Villahermosa y cruzar Chiapas. A la mañana siguiente, en una avioneta de seis plazas despegan, diez minutos adelantados, hacia Salto de Agua. Se sienta al lado del piloto, a quien conoce⁶. Cuando toman altura, desde el avión, contempla, muy abajo ya, toda la extensión de Tabasco, el estado sin Dios, «el paisaje del terror y la cautividad de un hombre acosado –bosque y agua pantanosa, sin caminos, y en el horizonte, las montañas de Chiapas como los muros de una prisión». La referencia al único sacerdote que se mantiene huido en el estado, no es –o no es sólo– un comentario, lírico también, del buen reportero; es un comentario que sugiere al lector la preocupación de Greene por el perseguido, y es un comentario preñado de futuro: la preocupación del escritor sensible lo asaltará con frecuencia hasta hacerse obsesiva y necesitar el reportero de hoy llegar a saberlo definitivamente, como sólo sabemos lo que creamos con nuestro propio latido. Lo conmovedor es que en esta contemplación desde lo alto, el innostrado personaje que huye, no sepa que está siendo destinado a ser figura literaria inolvidable, y que el propio destinador –creo yo– todavía no lo advierta.

Las últimas estaciones de su recorrido están marcadas igualmente por los contrastes climáticos, los arduos desplazamientos y los vaivenes de su estado de ánimo. En Salto, adonde por fin lo lleva el piloto Ortega, el calor es más intolerable que en Villahermosa y para colmo siente el aislamiento comunicativo, pues ni una sola persona del lugar habla inglés. En Yajalón, no hay hotel y duerme en un banco en el almacén del tendero, señor López. Siete días encerrado en este pequeño lugar entre montañas le produce claustrofobia pues el temporal de lluvia no amaina y la probabilidad de un vuelo a Las Casas se demora indefinidamente. Se había prometido a sí mismo pasar la Semana Santa en la antigua capital de Chiapas y las fechas ya están encima. Contrata a un muletero y emprenden la ruta con tres mulas y un tiempo infernal, desafiando los malos augurios de todos los vecinos. la dura cabalgada, las peripecias de la ruta con un mulero inexperto, la grandiosidad del paisaje en el ascenso, la lúgubre selva teutónica, árboles,

⁶ Hay dos tipos de hombres que Greene aprecia sobremanera en México: los sacerdotes y los aviadores. Ascetas, ni beben ni fuman, puntuales, no como el descortés jefe de policía, disciplinados, satisfechos de su historia, que aman su profesión.

nada más que árboles que continuaban más y más allá de lo que la vista abarcaba. O la sorpresa de los rocosos precipicios de piedras asomándose como castillos amurallados por entre los pinos. Y al salir de la selva, la altiplanicie, en lo que parecía ser el techo del mundo –nueve mil pies–, y un panorama espectacular: una llanura de pasto amarillo donde pastan ovejas y cabras, algunos hombres cabalgando sobre mular sin montura, chozas de barro, un grupo de indios con sus túnicas pastorales, un cuerno sonando, la pálida luz dorada del crepúsculo derramándose sobre la meseta y cayendo más allá, como yéndose hacia un espacio inefable: «El mundo de Ivanhoe».

Ya en Las Casas, una ciudad a ocho mil pies de altura, alojado en el Hotel Español, cama con sábanas, una sabrosa comida, cerveza y una radio que escuchan los huéspedes. Noticias de la guerra civil española. «Pon noticias de Londres», pide alguien. El locutor era una voz española, hablando en español, pero llegaba de Londres, fluía de aquel sólido edificio en Portland Place⁷, más allá de Oxford Circus, más allá de la curva del mundo, del Atlántico, del Golfo y del Trópico de Capricornio, más allá del cementerio de Tabasco, de las ciénagas y de los montes y de las selvas.

Si al inicio del viaje, en el valle de Maltrata piensa «este es un país donde se puede ser feliz», visitando las ruinas de Palenque, en malas condiciones físicas, cansado, febril, impaciente por las sucesivas demoras en su plan de regreso, comenta: «no es un país para vivir con este calor y desolación; es un país para morir y dejar sólo ruinas detrás». Y la contradicción en las dos apreciaciones es la confirmación de la índole autobiográfica de este viaje. La pasión de Greene en la reprobación y la queja no pueden juzgarse como animadversión, pues se complementan con el rigor y la imparcialidad con que se ausculta a sí mismo. En estas últimas etapas de su viaje siente que en sus juicios y opiniones hay algo inexacto; nuestra propia emoción se proyecta sobre las cosas, nuestro mundo íntimo puede llevarnos a la parcialidad, a la injusticia, en su caso, «el cansancio, la ansiedad, la nostalgia de la casa (*homesickness*), pueden volver tu corazón de piedra tan fácilmente como la crueldad, el pecado, el acto violento, el rechazo de Dios».

Oaxaca, Puebla, México, capital, todavía convaleciente de la grave disentería que lo aquejó en Las Casas. Y todavía asistiendo a una ceremonia religiosa privada de celebración de la jubilación del arzobispo Ruiz y Flores, expulsado de México bajo la presidencia de Calles, que cumple los cincuenta años de ministerio sacerdotal.

⁷ El edificio de la B.B.C.

De México a Veracruz repite el trayecto, en el mismo tren; esta vez los volcanes están allí, medio sumergidos como icebergs en el horizontes. En Veracruz, un buque alemán hacia Europa: La Habana, el Atlántico, Lisboa, «Etcétera»... y casa. En Londres, en casa ya, trata de recordar o revivir los momentos de desagrado, llegando al odio, que le produjo México, y lo lamenta, pues incluso siente cierta nostalgia de «aquello», como si allí, en esos dos meses de inquina y purgación, hubiera dejado algo suyo valioso.

A Graham Greene parece que el regreso a casa tampoco le gusta⁸. Habría que recordarle, en la circularidad de los lenguajes artísticos, aquella frase del joven don Pedro, en el patio de dorados azulejos de una posada de Lima, después de escuchar el relato de una arriesgada aventura viajera:

—¡Viajar no sirve de nada, el mundo entero es como Lima!⁹

Y es verdad, tendríamos que responder en este caso, tanto al metafísico Melville como al versátil Graham Greene, pero hay que viajar para contarlo, y tanto el norteamericano como el inglés lo hacen tan admirablemente que los lectores creemos saberlo.

⁸ La violencia también se siente en Londres, y la fealdad y el humo y los malos olores, y las malas noticias: Austria ha sido anexionada el 13 de marzo. Se han instalado refugios antiaéreos se han cavado trincheras. Un ensayo de alarma aérea y cortes de teléfono parecen presagiar lo peor.

⁹ Herman Melville, *Moby Dick*, Barcelona, Planeta, «Maestros norteamericanos», 1967, p. 1.444.

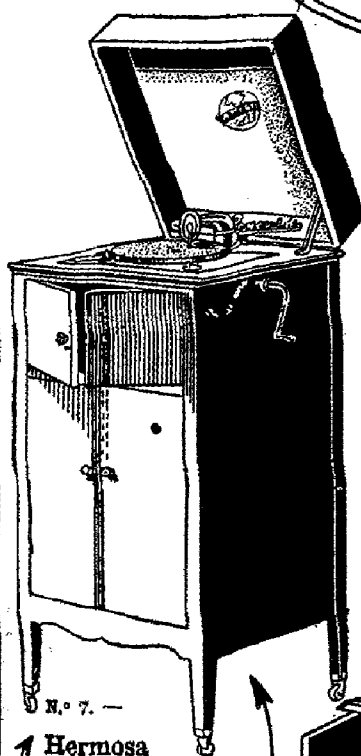


**OIGA OPERAS Y
OPERETAS Y
EN LA
CONCERTOLA
LA MAQUINA PARLANTE MAS PERFECTA**

**ADQUIERA LOS NUEVOS
DISCOS**
con las recientes grabaciones de las siguientes
OPERETAS:

ACQUA CHETA — LA BAYADERA
LA RAMBOLA DELLA PRATERIA
BOCCACCIO
LA DANZA DELLE LIBELLULE
LA CASA DELLE TRE RAGAZZE
LA DUCHESSA DEL BAL TABARIN
FI-FI — FRASQUITA
MADAMA DI THEBES
MADAMA POMPADOUR
IL PAESE DEI CAMPANELLI
LA PRINCIPESSA DELLA CZARDA
LA RAGAZZA OLANDESE
IL RE DI CHEZ MAXIM
LA REGINA DEL FONOGRAFO
SUGNIZZA

Catálogo ilustrado de Concertolas,
Victrolas y Discos, remitimos gratis.



N.º 7. —

Hermosa

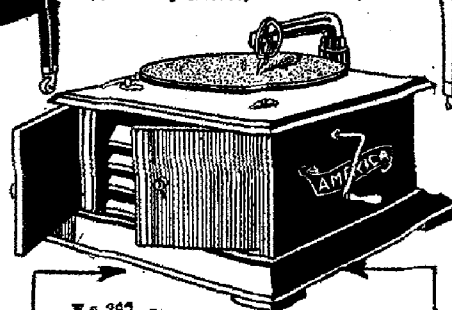
CONCERTOLA

de Salón. — Mueble en
fina madera de roble o
terminación caoba. Motor
SUIZO de dos cuerdas.
Membrana "AMERICA",
de gran concierto.

Con 6 piezas, 200 pías
y embalaje gratis.

\$ 175.-

CATALOGOS GRATIS

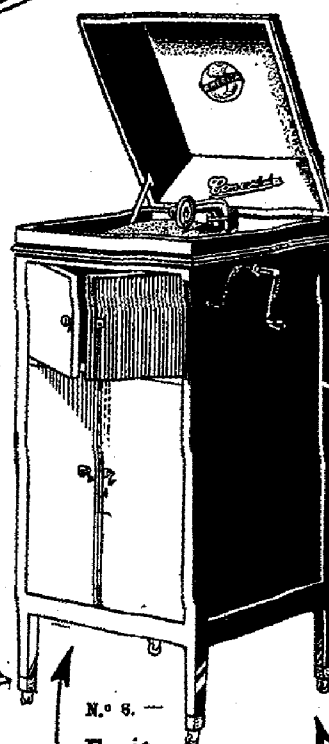


N.º 327. —

Rica CONCERTOLA

en fina madera de nogal de Italia o termin.
caoba. Motor SUIZO perfeccionado. Mem-
brana "America". Con 6 pie-
zas, 200 pías y emb. gratis. . \$

75.-



N.º 8. —

Regia

CONCERTOLA

mueble fino en roble o
termin. caoba. Gran motor
SUIZO de dos cuerdas.
Membrana "AMERICA",
extra sonora.

Con 6 piezas, 200 pías
y embalaje gratis.

\$ 198.-

FACILIDADES de PAGO

DIRIGIR CORRESPONDENCIA Y GIROS AL GERENTE DE

CASA AMERICA
EL HOGAR DE LA MUSICA.
CASA AMERICA

A. DE MAYO

979

BS. AIRES